

NUEVA ESFERA

Beatrice Greenwood

dNX

DEL NUEVO EXTREMO

© 2022, Beatriz Blanco
© 2023, Editorial del Nuevo Extremo S. L.
Rosellón, 186, 5º- 4º, 08008-Barcelona, España
Tel (34) 930 000 865
e-mail: info@dnxlibros.com
www.dnxlibros.es

Diseño e ilustración de cubierta: Patricia Logghe
(@ealasaidd_illustration)

Primera edición: Abril del 2023

ISBN: 978-84-19467-16-4
Depósito legal: B 5995-2023

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.

Impreso en España - *Printed in Spain*



*A Lita, que no solo es un personaje de esta historia; también un recuerdo calentito que me acompaña en las noches más frías.
Te quiero, abuela.*

“...desaparecieron bajo el mar como consecuencia de violentos cataclismos y seísmos ocurridos durante un día con su noche.”
—Platón, *Timeo*

Parte I
El palacio de arena



Capítulo 1

—¡Mamá, ayúdame! —Neira se incorporó de un salto en su cama. Movía las manos frenéticamente por las sábanas, comprobando que no hubiera agua.

Todo seco, pensó.

Respiró más tranquila. Se apartó el pelo enmarañado de la cara y hundió el rostro entre las rodillas. Había pasado mucho tiempo desde la primera vez que tuvo esta pesadilla. Ahora tenía veinte años y era toda una mujer, pero le era imposible dejar los malos sueños atrás.

—¡Neira! ¿Estás bien? —Logan, que dormía a su lado, se incorporó veloz y la abrazó por detrás, consiguiendo que dejara de temblar—. ¿Esa pesadilla otra vez?

Desde que su madre, la investigadora Marina Salazar, había desaparecido, Neira había pasado noche tras noche sin poder dormir por lo mismo.

—Es tan... *real*. Hay agua por todas partes, no sé de dónde viene y me intenta ahogar. Mi madre... Mi madre no puede llegar hasta mí y... —Se frotó los ojos—. Lo siento.

—¿Qué sientes exactamente? —Se sentó a su lado y colocó un brazo entre sus piernas, apoyándose en el colchón y obligándola a estirar las rodillas para dejar por fin su cara al descubierto. El inocente roce de la mano de su amigo no pasó desapercibido para Neira—. ¿Sientes despertarme a las cuatro de la mañana por décima noche consecutiva para admirar lo preciosa que estás con estos pelos? —Le pasó la mano por un mechón de cabello y se lo puso detrás de las orejas.

Neira maldijo sus mejillas ruborizadas.

—Nadie te pidió que durmieras conmigo. —Se cruzó de brazos—. Eres libre de volver a casa y dormir plácidamente.

Logan levantó las cejas.

—¡Está bien! Me voy, está claro que mi mejor amiga no me necesita... —Se levantó de la cama lentamente, mirando por encima del hombro a su amiga, esperando que lo retuviera—. Voy a volver a mi casa y no...

—Cállate y ven aquí. —Con media sonrisa, le agarró del pantalón del pijama y tiró de él para devolverlo al colchón. Lo empujó contra la almohada y apoyó la cabeza sobre su clavícula, obligando a Logan a que le rodease los hombros con su brazo derecho.

Nada tenía sentido: la desaparición de su madre en alta mar (una experimentada bióloga marina especializada en inmersiones), su barco desvalijado, su investigación robada, el funeral sin cuerpo... En ese momento, lo único que Neira tenía claro era la capacidad de Logan para hacerla sanar. Sanar y olvidar.

Le parecía increíble estar sonriendo en esos momentos.

—Nunca entendí por qué mi madre seguía durmiendo en una cama de matrimonio después de la muerte de mi padre.

Neira y su madre habían vivido en España, Italia, Australia y, desde hacía ya varios años, en Estados Unidos. Cada vez que le preguntaba por el extraño modo de vida que tenían, su madre respondía: «Mi trabajo me obliga a viajar. Mis investigaciones son importantes». Nunca era demasiado específica. Neira sabía que estudiaba el gen de un animal raro que solo se encontraba en ciertos arrecifes y que ayudaría a un enorme avance médico, pero poco más.

—Porque era una mujer muy lista, hay mucho más espacio para dormir.

—Pero es tan solitario... —Levantó las manos estiradas por encima de las sábanas, dejó que un suave roce llegara a sus palmas y notó sus pliegues como las olas del mar: irregulares, incluso aterradores si los miraba demasiado tiempo en la inmensidad del colchón. Tan desolador—. ¿No te parece? Despertarte todos los días con tanto espacio a tu alrededor, sin nadie a quien dar los buenos días. Sería mejor dormir en una cama individual.

Logan no supo qué contestar, así que le dio un beso en la coronilla y apretó su brazo contra ella.

—¿Crees que fue rápido? —le preguntó su amiga—. ¿O crees que sufrió? Dicen que morir ahogado es horrible.

—Estoy seguro de que Marina tenía experiencia más que suficiente como para saber gestionar la situación —respondió—. Seguro que tomó las decisiones adecuadas.

Eso no responde a mis preguntas.

—Pero esas marcas...

El día anterior habían hecho una visita al barco de su madre, que finalmente la Policía había permitido atracar en puerto después de recabar pruebas. Neira había visto unas extrañas marcas en el acero de la proa: subían desde la línea de flotación del barco hacia arriba. Eran líneas anchas e independientes, ninguna se unía a otra, como las que se generan en la piel o las escamas de los peces cuando un arpón falla su objetivo.

—No deberías pensar en eso. —Logan le acarició el hombro, haciendo dibujitos circulares con la yema de un dedo. Aquello fue mucho más efectivo que sus palabras de consuelo. Por un momento, la joven solo pudo pensar en el cosquilleo que se expandía por su piel—. Duérmete, necesitas descansar.

Neira asintió. Después se impulsó con los brazos para darle un beso en la mejilla.

—Gracias por dormir conmigo hoy —le dijo, quedándose en esa postura, con su largo pelo como una cortina y a meros centímetros de sus labios. Deseando que él notara esa cercanía.

—En realidad, me has retenido contra mi voluntad. Lo llevas haciendo todos estos días.

—Ah, ¿sí?

—Estoy seguro de que a estas alturas mis madres han montado un cordón policial alrededor de tu casa para rescatarme, saben que estoy en peligro. —Hizo soniditos ridículos emulando a un coche de policía—. ¿Lo oyes? ¡Ya vienen a por mí!

A pesar de la pésima imitación, Neira no pudo evitar reírse.

Logan era así: bromista y burlón. Desde que se habían conocido en los últimos años de instituto, había sido la única persona capaz de llenar el inexplicable vacío interior que Neira había sentido durante toda su vida.

¿La muerte de su padre? Sí, seguramente había generado parte de ese vacío, pero Neira sabía que había más, algo que palpitaba en su interior tan fuerte como su corazón, por mucho que intentase ignorarlo.

Con Logan podía reír, disfrutar, vaciar sus pulmones hasta notar pequeños tirones en cada nervio del cuerpo (aunque eso a veces acabara en un ataque de asma). A Neira le encantaba. También le encantaba cómo los mechones dorados de su amigo se arremolinaban ahora encima de sus orejas.

Pero eso es otro tema, pensó. Quita la cara de boba que debes de estar poniendo.

—¡Me niego! ¡Jamás te entregaré! —Teatralizó para igualar la tontería de su amigo, agarrándole la camiseta del pijama para zarrandearlo ligeramente—. Como has dicho, esta noche estás bajo mi custodia; eres mío.

—¿Solo esta noche? —La risa se borró de un plumazo de su rostro mientras la miraba intensamente con sus ojos color ámbar.

La presión que sintió Neira en el estómago subió hasta su pecho, que apretaba con cada profunda inspiración contra el torso de Logan.

Bésale, se ordenó a sí misma. Pero ¿y si él no lo quiere? Aunque me acaba de decir que... ¡No! Por Dios, es mi mejor amigo. No. Sería una situación rara, solo estoy malinterpretando un mero comentario.

No podía perder a Logan. Ahora no.

—Bueno, ya te has quedado a dormir en mi casa millones de veces. —Se alejó de él, arrojándose de nuevo a su lado. Logan pareció decepcionado, se humedeció los labios apretándolos contra la lengua—. Una de las primeras veces trajiste un pijama de aquellos dibujos animados... ¿Cómo se llamaban?

—Oh, cállate. —Logan se llevó la mano a la cara, avergonzado.

—Estabas monísimo.

«Monísimo» no era precisamente la palabra que Logan quería que su amiga utilizara para referirse a él.

Neira se dio la vuelta para abrazar su almohada e intentar apaciguar sus pensamientos.

—Descansa —dijo Logan, consciente de lo irracional que era tener celos de un saco lleno de plumas.

Antes de cerrar los ojos, Neira observó la foto que decoraba la mesilla de noche. Una en la que ella, con su pelo castaño ondulado y sus ojos oscuros, mostraba una enorme sonrisa enmarcada por un par de hoyuelos. Marina, por su parte, hacía reír a su hija poniendo una mueca que apenas eclipsaba sus impresionantes ojos verdes. Su pelo rubio, largo y liso, le caía sobre uno de los hombros.

Te echo muchísimo de menos, mamá.

Después posó la mirada en la vieira que le había regalado su padre al nacer, de cuya muerte también sabía muy poco y de quien su madre se negaba a hablar por pura tristeza...

Una melodía resonó en su cabeza:

*Coge tu navío,
sortea las olas;
dirige tu mirada al horizonte,
donde me verás a todas horas....*

—No puedo. —Se levantó de la cama.

—¿A dónde vas?

—No puedo dormir.

Logan la siguió con la mirada mientras su amiga se dirigía a la puerta, conector de su ritual cuando las pesadillas la despertaban en mitad de la noche.

—Media hora, no más —le dijo.

Ya en el sótano, Neira ni siquiera se molestó en quitarse el pijama. Se hizo una coleta y se puso unas vendas alrededor de los dorsos y los nudillos de ambas manos, y apretó los dedos hasta sentir el vendaje como una capa más de su propia piel. Comenzó a golpear el saco de boxeo que colgaba del techo, uno de los muchos instrumentos de entrenamiento que Marina había instalado ahí abajo.

Se le daba bien, aunque jamás había competido oficialmente. Las clases en la mejor academia deportiva de la ciudad y el entrenamiento con su madre habían sido más que suficientes para perfeccionar y fortalecer sus movimientos. Adquirió una agilidad apabullante desde una edad muy temprana, y había rogado a Marina que le permitiera participar en campeonatos.

—¡Soy buena, mamá! —le decía—. Puedo ganar.

—Esto no lo hacemos por diversión, tampoco por deportividad —respondía, negándose en cada ocasión.

¿Por qué lo hacemos entonces?, se preguntaba Neira.

—¿Quieres desfogarte... o matar a ese saco? —Logan apareció por la puerta, poniéndose unos mitones. Sabía perfectamente de qué estantería cogerlos.

—¿Qué haces aquí? Deberías dormir. —Neira paró para apartarse algunos pelos que se habían quedado pegados por el sudor en su frente.

—Te di media hora y no has vuelto... —Empezó a calentar dando saltitos—. Tendré que arrastrarte yo mismo de vuelta a la cama.

Neira se alejó de los instrumentos de entrenamiento para colocarse frente a su amigo, en mitad de la colchoneta.

—Lo vas a intentar. —Se apretó la coleta.

—¿Qué me darás si lo consigo?

—Este no es uno de tus *torneitos*. —Puso los puños delante—. Aquí no hay premios.

Logan y Neira se habían conocido en clases de artes marciales mixtas; el mismo día que Neira había comenzado el instituto tras mudarse a Santa Bárbara.

—¿Qué tal una cena en Juliet's? —Logan no podía pasar una sola semana sin comer un trozo de pizza.

—Ve preparando la cartera.

Logan lanzó el primer puño. Neira lo esquivó echándose a un lado. El fallo hizo que Logan tuviera que corregir su posición para no perder el equilibrio.

—Estás desentrenado —se burló su amiga, colocándose al otro lado de la colchoneta—. No deberías haberlo dejado.

Neira echaba muchísimo de menos a Logan en los entrenamientos. Los mejores recuerdos de su juventud en Estados Unidos estaban siempre ligados a él y a sesiones de puñetazos.

—No todos tenemos ganas de acudir a esos *esporádicos encuentros callejeros*. —Se recolocó—. Otros preferimos aceptar un trabajo normal en una cafetería para ganar el dinero que nos permita pagar la carrera.

—Pues es una manera muy lícita de conseguir dinero.

—¡Son peleas ilegales en garitos de mala muerte, Neira! —Casi había sonado como su madre cada vez que le descubría un moretón o un labio partido a pesar del maquillaje.

A ella le daba igual. Siempre pedía perdón y prometía no volver a hacerlo, pero en cuanto cumplía el castigo correspondiente volvía a escabullirse cada pocas noches.

—Son más divertidas que tus torneos.

—Oh, sí, yo me lo paso genial cada vez que veo cómo te parten la cara.

—Lo cual pasa muy poco. —Hizo una finta para confundir a Logan y le propinó un puñetazo en las costillas, que dio comienzo a una pelea cuerpo a cuerpo.

Cada movimiento, cada inspiración, la metían de lleno en una vorágine que le permitía despejar la mente hasta escuchar únicamente su propia respiración embotellada mientras, sin razón alguna, una secuencia numérica que se había aprendido de memoria aterrorizaba sus pensamientos:

1 - 11 - 54.13

38 - 52 - 5.59

Su madre se la había enviado en un mensaje el mismo día de su desaparición. No la había entendido y, hasta que su madre no volvió aquella noche a casa, tampoco le había dado importancia. Y menos después, cuando se vio envuelta en una marabunta de papeleo policial y en la denuncia por desaparición, además de la horrible búsqueda de buzos y helicópteros de los últimos días. Pero todo se había acabado, ya nada de eso ocupaba su mente. Quizá era el momento de averiguar qué le había querido decir su madre antes de que el mar se la tragara.

Logan resolló al recibir un golpe en la cadera e inevitablemente dejó el torso al descubierto cuando se llevó las manos a la zona dolorida. Esquivó el primer agarre de Neira, pero no pudo evitar el segundo, que acabó con su brazo retorcido en su espalda y con él agachado hacia atrás debido a la diferencia de altura.

Neira se puso en cuclillas para colocar la cabeza encima de su hombro mientras le apretaba más el brazo.

—Gané —susurró, y le dio un beso en la mejilla.

Capítulo 2

A la mañana siguiente, un constante y fuerte timbrazo les dio los buenos días.

—¿Qué ocurre? —Logan se despertó primero. Al hacerlo, se dio cuenta de lo mucho que se había acercado a su amiga durante la noche... Pero no hizo nada por apartar la mano que tenía encima de la cintura de Neira.

Volvió a sonar el timbre.

—¿Qué...? —Por fin la chica despertó, e instintivamente agarró la mano de su amigo. Hasta que no le miró a los ojos, pareció desubicada—. Anda, hola —saludó, y rodó en el colchón, haciendo que la mano de Logan quedara sobre su ombligo.

—Hola. —Él sonrió.

Volvieron a llamar.

—¡Ya voy! ¡Voy! —gritó Neira mientras Logan gruñía.

Bajaron las escaleras, aún en pijama, y pudieron ver la figura difusa, oscura y estirada de una mujer, a través de la cristalera traslúcida de la puerta principal.

—¿Quién es? —preguntó Neira al abrir la puerta.

La mujer que se escondía tras el cristal rondaba los cuarenta años, pero se conservaba muy bien, y era atractiva. Tenía el cabello muy largo, negro y liso: no había un solo pelo en toda su cabeza que no siguiera el mismo recorrido. Su piel era muy pálida y estaba, quizá, demasiado delgada. Sus pómulos sobresalían por debajo de las enormes gafas de sol que ocupaban casi toda su cara, a juego con unos labios anchos y pintados con carmín. Era elegante; llevaba un vestido rojo, ajustado hasta las rodillas, complementado con un bolso y unos tacones negros afilados como agujas.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Oh, no —empezó a decir la mujer—, somos nosotros los que podemos ayudarte a ti.

Neira miró por encima de su hombro y vio a dos hombres con trajes negros de pie en la acera, al lado de una lujosa limusina blanca. Neira hubiera jurado que aquellos dos tipos habían acudido al funeral de su madre. Los había visto entre los árboles, lejos del sitio donde estaban enterrando el ataúd vacío.

—Somos de la compañía Burnmont, financiamos a la Universidad de Cádiz para que apoyara la investigación de tu madre.

Neira centró de nuevo la atención en la mujer. Estaba en *shock*, jamás se había parado a pensar de dónde salía el dinero que la universidad española obtenía para costear el trabajo de su madre.

—Pasad, por favor —ofreció Neira.

—¿Estás segura? —susurró Logan.

Decidió ignorarle.

—Disculpen el desorden de la casa y nuestro atuendo —dijo Neira cuando la mujer ya había entrado—. No esperábamos visitas tan temprano.

—No te preocupes. —La mujer le dedicó una sonrisa apretada—. ¿Podríamos charlar en el jardín trasero? Me gustaría poder tener a mis perritos cerca. No me gusta dejarlos encerrados en el coche.

—¡Por supuesto! —afirmó Neira, aliviada porque el estado del jardín era mejor que el del interior de la casa—. ¿Quiere un café?

—Sí, por favor —suspiró la mujer—. ¡Qué jovencita más atenta!

Mientras la mujer se acomodaba en una de las sillas del jardín, Logan y Neira se quedaron en la cocina para preparar el café. Él no apartaba la vista de la ventana.

—¿Quién será esa mujer? —Daba golpecitos rápidos en la encimera con el dedo índice—. ¿Te has fijado en esos tipos que la acompañan?

—Sí —respondió Neira cortante.

—¿Sí? ¿Eso es todo? —insistió—. Esos hombres estuvieron en el funeral de tu madre.

—Si esa mujer tenía relación con mi madre... —Tragó saliva, aún le costaba hablar en pasado—... es normal que enviase a alguien a presentar sus respetos.

—Pero no hicieron eso exactamente...

—Lo único que me interesa es que trabajan en la compañía que financiaba sus investigaciones. Quizá ella tenga más información acerca de lo que la llevó a... desaparecer. —Se negaba a decir en alto la palabra «morir».

Salieron al jardín trasero, pero frenaron en seco al ver los seis enormes perros rottweiler sentados enfrente de la mujer.

Los hombres de negro estaban ahora a un lado del jardín, siempre a una distancia prudencial. Seguramente habían cruzado hasta la terraza trasera por un lateral de la casa.

—¿Estos son los *perritos*? —preguntó Logan.

—Preciosos, ¿verdad? —Acariciaba la cabeza de uno de ellos—. Mi familia y yo siempre hemos tenido perros. No voy a ningún lado sin ellos.

—¿Siempre con los seis? —insistió Logan.

—Siempre.

Aunque no le hiciera mucha gracia, Logan se sentó junto a su amiga.

—Creo que no nos hemos presentado formalmente —comenzó la mujer con un retintín que puso nervioso a Logan, mientras Neira servía el café—. Me llamo Allyson Burnmont. En cuanto nos enteramos del trágico accidente de tu madre, quise venir a verte.

—¿Burnmont? —se sorprendió Logan—. ¿Entonces usted es la dueña de la empresa?

—Así es —confirmó—. Antes lo fue mi madre y antes de eso su padre, y antes su abuelo... Es una empresa familiar.

Ambos entendieron ahora el lujo y la elegancia en los que aquella mujer parecía vivir envuelta.

—¿Y a qué se dedican exactamente?

—Investigación —respondió taxativa—. Allá donde vemos una idea con potencial que puede ser investigada, descubierta o mejorada, la compañía Burnmont estudia su viabilidad y la financia.

—¿Y ustedes vieron potencial en la investigación de mi madre? —preguntó Neira, sorprendida—. ¿Por qué?

La mujer se quitó las gafas de sol por primera vez y mostró unos ojos grises muy poco comunes. Su mirada era penetrante y fría.

—¿Sabes a qué se dedicaba tu madre? ¿Qué es lo que investigaba? —le preguntó.

—Buscaba organismos marinos que se creen extintos —respondió—, para el desarrollo de nuevas curas y medicamentos.

Allyson analizó la expresión de la joven y volvió a ponerse las gafas de sol para mirar al frente.

—Así es. Era un trabajo de lo más interesante... —Permanció dubitativa durante unos instantes; no habló rápido, parecía medir

cada una de sus palabras con mucha cautela—. ¿Tienes por aquí su investigación? —preguntó finalmente.

—Por desgracia no. —Neira pensó en el desbalijo del barco—. Todos sus papeles desaparecieron con ella en alta mar.

La mujer hizo una mueca rara con el labio superior y movió los dedos de su mano derecha, jugando con un anillo. Parecía estar perdiendo la paciencia.

—¿Y no guardaba ninguna copia?

—Mandaba informes mensuales a la Universidad de Cádiz —dijo Neira entrecerrando los ojos—. Supongo que usted, más que yo, estaría al tanto de los avances de mi madre...

—Claro, por supuesto. —Forzó una sonrisa—. Les pediré una copia. Seguro que encontraremos la manera de terminar el trabajo de tu madre. —Allyson se levantó de la silla—. Muchas gracias, jovencita.

Neira la imitó para acompañarla a la salida, pero uno de los perros reaccionó mal al movimiento y se abalanzó sobre ella. Puso las dos patas delanteras en sus muslos, haciendo que se le bajara el pantalón del pijama, mientras ladraba.

Solamente después de que Allyson inspeccionara con extraño cuidado las piernas de Neira llamó la atención a su perro.

—Muy mal, eso no se hace —le dijo casi con un tono cariñoso.

Logan se puso entre el can y su amiga mientras esta se subía nerviosa el pantalón.

—Lo siento mucho, son muy protectores —se excusó la mujer—. Ha sido un placer conocerte, muchas gracias por el café —se despidió cortante—. Ya sé dónde está la salida

Sin decir nada más y sin haberle dado un solo sorbo a su café, se alejó junto a los hombres de negro. Los perros la siguieron sin necesidad de ninguna orden. Se colocaron delante de ella, formando una barrera entre su dueña y cualquiera que osara cruzarse en su camino.

—¿Qué opina, Señora Burnmont? —preguntó uno de sus agentes mientras le abría la puerta trasera de la limusina.

—Creo que realmente no sabe absolutamente nada —respondió con repugnancia—. El muy idiota echó su linaje a perder por meterse en la cama con una terrenal. No tiene nada de especial.

—¿Retiramos la financiación de la Universidad de Cádiz? —preguntó el otro hombre.

—Sí... Ya no nos sirve de nada. De momento mantendré a esa niña cerca y controlada con la excusa de la investigación, pero no me gastaré ni un dólar más en una mujer muerta —gruñó como uno de sus perros—. ¡Arranca!